

LA NOVELA DE TOLEDO

por JUAN CASTRILLÓN

(MEMORIAS DE UN APARECIDO DEL SIGLO XVI)

Da principio en estas páginas la publicación de mis Memorias, que son una reconstrucción del Toledo del siglo XVI en su aspecto político, social, religioso, económico, etcétera. No es ánimo mío llenar ese gran vacío de la imponente ciudad, vacío que un tan experto conocedor de ella y un cronista como el vizconde de Palazuelos solo se atrevió á bosquejar en su discurso de recepción en la Academia de la Historia; pero si tengo la intención de completar para el público la visión de Toledo que hace tiempo poseo en la retina de los ojos. Así y todo, el autor pide perdón por su osadía, y juzgando su obra cual merece, una rareza, la dedica al distinguido bibliógrafo Don Juan Criado y Domínguez, gran coleccionador de ellas.

DE DÓNDE VENGO Y QUIÉN SOY

Yo he vivido en el siglo XVI; he alcanzado á todas las personas de monta que brillaron en la corte de Carlos V; he servido en Roma á Su Majestad; he seguido á Indias sus carabelas y, finalmente, logré mi retiro con un beneficio simple en la Catedral. Pero antes fui paje, y fraile, y truhán, y estoy por ende en situación propincua de conocer de aquellos fechos y fechas que hoy veo forman la leyenda de oro de la nación, como fastos que fueron del libro ingente de su historia, no bien comprendida ni respetada por todos como se merece.

Pero es porque no todos se hacen cargo del cambio de los tiempos, que, si no los viera, yo tampoco pudiera creer fueran capaces de operar tales mudanzas. Mas ello es así, que han cambiado los trajes y los usos, y con ellos las personas y su modo de juzgar, por donde encuentro que es gran providencia hallarme yo á vuelta de cuatro siglos en el mismo ser y estado que Toledo me vió cuando, molido y maltrecho, torné á esta corte con ánimos de abandonar el mundo y merecer de Dios.

El fué servido, sin embargo, de conservar-

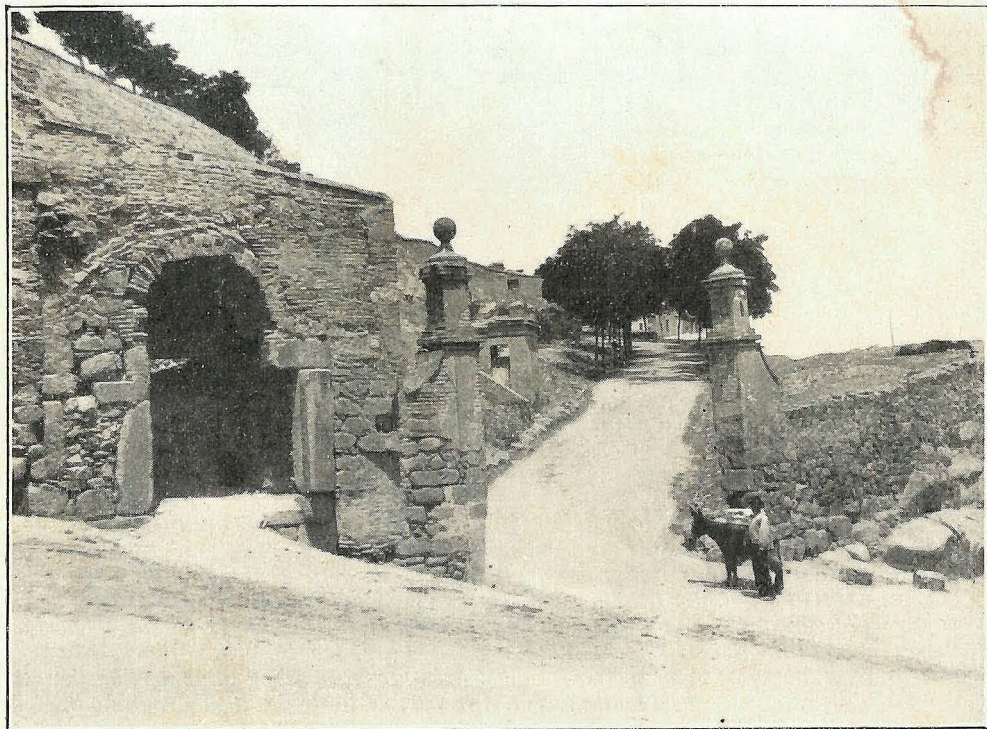
me como testigo de lo que Toledo ha sido. Y pues también el juicio me conservó ageno á todo partido, sea esta verdadera historia de su esplendor que yo voy á recordar para su mayor gloria y mejor servicio. Amén.

CAMBIOS OPERADOS EN LA CIUDAD

En primer lugar, quiero hacer ver los cambios operados en Toledo en su estructura material. No son ellos grandes, ciertamente, por lo menos en lo exterior; mas con todo hay algo que no puedo dejar de apuntar.

He entrado por el Puente de Alcántara, punto casi obligado hoy, sin pagar portazgo como cumple á mi condición de vecino de la ciudad, y tuve que dar un rodeo por la muralla para subir á Zocodover, bien que subí en grandes carrozas cual nunca las presentí: antes se subía por un atajo cuya huella todavía distingo á espaldas del convento que aún llaman de la Concepción, si la subida era á pié, ó por la Cuesta del Carmen, pasando por doce cantos, si se subía á lo señor.

Eché de menos dos grandes brazos en que el río se partía hasta la Puerta Nueva del Arrabal; porque no se pueden nombrar tales



Puerta de doce cantos, por la que antiguamente se subía á Toledo

los que hoy forma al rededor de la isleta, que entonces era más grande. Luego, he visto que en la Alhóndiga sus muelles, y con ellos los muchos y grandes barcos que allí descargaban toda clase de mercaderías traídas á fuerza de brazo ó á la sirga hasta el dicho Arrabal, desaparecieron.

Y ¡válame Dios cuán despoblado de gentes hallé el camino! ¿Dónde está aquella turba de azacanes que allá con grandes gritos se disputaba á coces el punto de llenar? Alguno que otro sí subía; pero ya sus burros no llevan aquellos cuernos que dieron lugar al dicho castellano: *No morirás de cornada de burro.* (Y es que para que no rompieran los cántaros topándose con las esquinas, por lo irregular de las calles, llevaban dos largos palos á todo lo largo del cuerpo, con los que cornecaban al que no los veía al tiempo de doblar.)

¡Santo Dios! ¿Y qué ha sido del gran palacio de la señora comendadora de Santa Fé? Ni más ni menos que me lo han arrasado para hacer lugar á un paseo que sí que tiene que mirar: *El Miradero.* Pues ahora faltan aquí unas calles, y todos los espaderos que en ellas había, con más aquel concurso de gentes de todas clases que venían á presumir...

Lo que está poco mudado es Zocodover; es decir, más limpio está, y faltan allí un arco, aquí un soportal; mas siguen paseando los caballeros lo mismo que en mi tiempo, clérigos y militares, que, según veo, nada tienen que hacer.

Ha cambiado todo esto... Nó, no, es hoy lo mismo que ayer.

APARECE EL HILO DE LA NARRACIÓN

Mas ¡por Dios que me maravillo yo de bien poco! ¿Pues no veo aún el Alcázar é igual la Catedral? Han pasado cuatro siglos, y las calles y las casas son las mismas por punto ordinario. Aquí son las gentes las que han cambiado; son gentes extrañas, sin duda, que no saben dónde pisan, ni conocen lo que aquí sucedió.

Pues oid... Cuando yo me criaba, y apenas contaría diez años de edad, esas casas y sus gentes era lo que había que ver: por esa calle de Barrio Rey no se daban punto de reposo á pasar, y ya eran caballeros ó menestrales, mercaderes de todos los puntos del globo, ó clérigos, frailes y soldados, los que formando á cada paso un corro comentaban las últimas noticias de Flandes, ó alguaciles, jurados y escribanos, los que, mezclándose

con el pueblo, daban muestras de la mayor solicitud. Porque entonces era ese barrio de francos el de mayor circulación, como ramal que llevaba en derechura al centro del comercio ó antigua Alcaná.

Mas no todos iban como ahora, mohinos y cabizbajos, según observo; sino que no parecían otra cosa (tal era el bullicio y algarabía que formaban con sus diversas lenguas y pareceres) que obreros de una nueva torre de Babel.

Por entonces, y corría el año de gracia de 1559, esperábase la llegada de la nueva mujer del rey Don Felipe II, y no hay que decir si sobre los motivos ordinarios de conversar crecerían la algazara y la animación. En las casas, ya estrechas de suyo, no se cabía verdaderamente, y todas las habitaciones de las más principales estaban tomadas para el séquito que se esperaba de la reina, con lo que dicho se está que no quedaban libres para las gentes adventicias de fuera de la ciudad sino las Hospederías de Menores y el Hospital de Peregrinos, con el mismo Hospital de Santa Cruz, todo lo cual se habilitó.

Todo esto lo observaba yo, y lo recuerdo con la obstinación propia de los primeros

años de la vida, porque á la sazón yo me criaba en dicho hospital, como huérfano que era de padre y madre. Y esto más, que como yo era dado á lo divino y servía de moncellito en el hospital, gozaba con el cargo de alguna mayor libertad que los otros mis hermanos de casa-cuna, á beneficio de la cual hacía mis escapadas por la cuesta del Carmen abajo, y tan pronto me hallaba entre regidores y jurados que tenían su paseo de invierno por allá, como me entretenía con los vagabundos y peregrinos que justamente por aquella época levantaban junto al río un muro de contención, por prestación personal.

Y oía á los unos ponderar los preparativos que se hacían para recibir á la bella Isabel, con otros particulares que no se me alcanzaban, y escuchaba á los otros maldecir su suerte porque sobre el hacinamiento de sus desmayados cuerpos de noche en el hospicio, de día y con tan fausto motivo les obligaban á trabajar sin más estipendio que el de la sopa, que á mí y á los míos nos sobraba en Santa Cruz.

Yo me entretenía, con todo, viendo aquellos rostros atezados y aquella variedad de trajes tan harapientos de los trabajadores de



La Alhóndiga

la cuadrilla que indicaban en algunos restos de distinción. Y, además, solía ayudar á tal cual que me daba pena á trasportar tierras y escombros. Por cierto, que un día el maestro, observando mi asiduidad, quiso sumarme sin más averiguaciones á la canalla; pero yo protesté, invoqué mi condición de huérfano, y menos mal que la hizo valer un señor de gola y ferreruelo que me acompañó al Hospital y ante quien el maestro se inclinó...

Pues aquel día fué el primero de mi suerte, según váis á ver.

CÓMO FUÍ PAJE DE CASA PRINCIPAL

Porque el tal caballero, á lo que entendí á la postre, era ni más ni menos que el muy poderoso señor Don Diego de Vargas, secretario de Su Majestad, que había venido á traer embajada de cómo la reina nuestra señora no podía demorar su entrada.

¡Y yo no le conocía! ¿Mas cómo le iba á conocer, si había anidado siempre de viaje con el rey, por mucho que fuera del más noble solar toledano nacido, como la más antigua y rica que era su casa entre las muy ricas y nobles de Toledo? Ello es que de allí á dos días me llevaron á ella, y entonces supe cómo el magnífico señor se había prendado de mí.

Porque yo era de niño (y bien puede decirlo sin escrúpulo quien cuenta cerca de cuatrocientos años de edad) pulido de cuerpo y no mal parecido. Y como, además, era despierto de entendimiento, y compasivo y de buen natural, según el caballero me vió



Santa Fé, antiguo palacio de las Comendadoras de Santiago

no es de extrañar que hiciera en mí tal distinción cual era llevarme de paje suyo, sacándome del común en que me criaba.

Pues como digo, me llevaron á su casa, que estaba, y aún se ven sus venerandas ruinas, junto al Convento de la Merced, cuyo lugar es hoy la Diputación; y aunque al principio no me hallaba entre tanta grandeza, muy pronto me acomodé al nuevo trato, que está visto que el hombre se ha hecho para medrar.

La casa era magnífica, soberbia sobre todo encarecimiento. Había en ella con la mujer de mi señor, una sobrina de ambos que nunca la dejaba, y para su servicio hasta cuatro dueñas y esclavas, con más la cohorte de mozos de cuadra y palafren, todos los

cuales bien podían juntar un escuadrón. Pajes éramos dos, y alternábamos en el recado de mesa y estrado, viviendo en un retrete, por cima del de las dueñas, próximo al de las criadas, arriba en las cámaras del palacio, mientras los mozos y demás criados vivían abajo en los sótanos ó bien en ciertos aposentos que tenían su entrada por un callejón de la muralla.

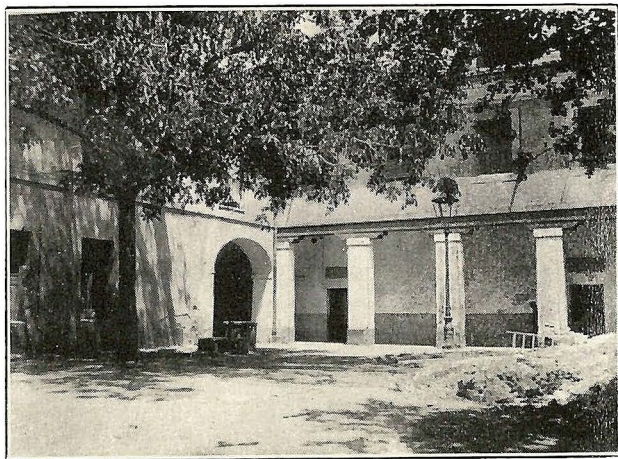
Yo era el predilecto, como más jóven, de mis señoras, que siempre me traían con billetes para los conventos al retortero, é iba á misa con ellas todas las mañanas al contiguo de la Merced llevándoles la almohada para sentarse. Pero también el amo mi señor me llevaba consigo á sus visitas de monjas y caballeros principales, para tenerle la capa ó la espada, y hasta me llevó al Ayuntamiento, por lo que pude ver á mi talante una sesión magna de la ciudad.

Pero esto merece capítulo á parte, pues en esaprimera que presencié del recibimiento de la reina se trató.

TOLEDO ANTE SU MAJESTAD

Como digo, ya alguna vez había acompañado á mi amo cuando iba de visita, siguiéndole á pié si era de día, que de noche le acompañaba un antiguo y viejo escudero á caballo, alumbrándole delante otro criado con un farol. Pero ahora ví que preparaban la carroza de gala, con sus caballos em-

penachados y su postillón, y á mí que me vestía mi señora con esmero. Sin duda, se trataba de algún acto de corte, que por otra parte yo ya me daba á sospechar.



Hospital de Peregrinos, hoy pabellones de la Academia de Infantería

En efecto: era al Ayuntamiento donde nos encaminábamos, precedidos de un correo que apartaba las gentes de nuestro paso según se paraban á mirar, é iba yo en el coche frontero de mi amo con una cartera grande de cuero entre las manos, prietas mis calzas de seda, mi jugón acuchillado con mangas y mi gorra de pluma. ¡Qué lindo estaba yo!... Por lo que hace á mi amo, no aparecía menos bizarro y galán: llevaba gola de encaje, larga espada y ferreruero, y se tocaba con su mejor sombrero de cubilete con broche de brillantes.

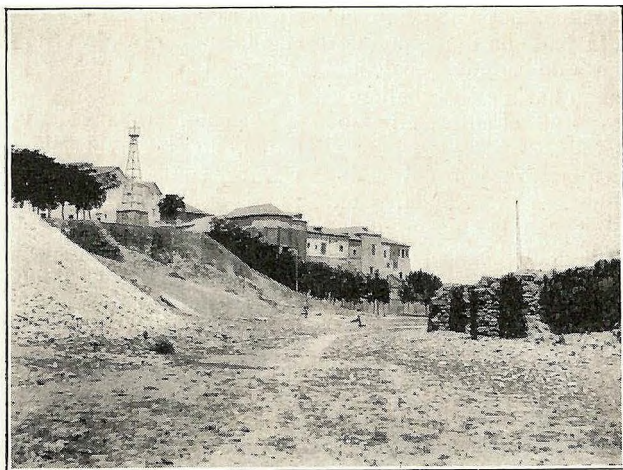
Pero iba muy grave y serio, mirando con indiferencia á la multitud, por lo que yo no me atrevía á respirar. Y así llegamos despacio, dando tumbos por las estrechas y empi-

nadas calles, al Ayuntamiento, donde ya nos debían esperar, por cuanto se veía á la puerta un sofíel ó ministro vestido con su ropón de grana y su gorra de terciopelo carmesí.

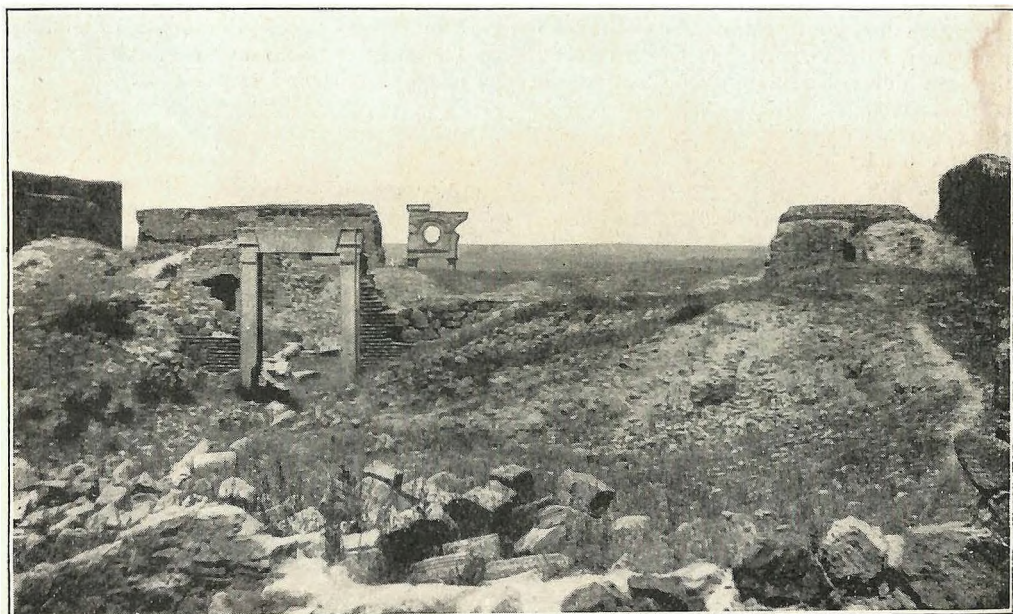
Y como llegamos, el sofíel avisó, y salieron cuatro regidores y jurados que con gran cortesía recibieron á mi amo

y lo entraron solememente en la Sala.

Era esta larga como una iglesia, partida hacia su promedio por barandas de madera,



El Carmen, que antiguamente servía de paseo de invierno á los toledanos



Ruinas del palacio de los Vargas, que constituían en el siglo xvi la familia más principal de Toledo

en cuyo centro se alzaba un bufete con una sobremesa de tela carmesí y tintero, salvadera y campanilla de plata. Allí se quedaron los sofeles; á los lados del escribano, y mi señor siguió adelante hasta el dosel del testero de la sala, bajo el que se veía al corregidor, y á su derecha é izquierda respectivamente el alcalde y alguacil mayor. Siguiendo las colgaduras de la Sala, que eran de tela de oro con bordados lo mismo que el dosel, corría hasta la baranda una grada de asientos rasos cubierta de baquetas acolehadas donde se sentaban hasta cien caballeros regidores y jurados, que al entrar mi amo se pusieron todos en pié.

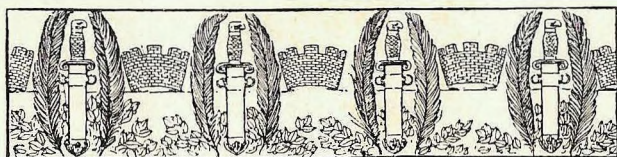
Entonces ví que salía misa por detrás de donde estaba yo, que era la baranda, y es que había allí un altar con la imágen de la Virgen y el Niño. Todo aquel espacio estaba colgado de ricos tapices antiguos, y yo no me había percatado.

Dicha, pues, la confesión por el celebrante,

que repitió el capellán del Ayuntamiento al lado del corregidor, secundado por todos los asistentes, siguieron la misa vueltos hacia el altar, y al acabarse comenzó la sesión.

Y luego fué lo que tuvo que ver. Porque el escribano tomó mi cartera, y sacando de ella un papel lo leyó al Concejo, que se había vuelto á poner en pié, mientras mi amo, dando un paso adelante en el estrado, requebría la espada, y no parece sino que la acariciaba las guardas, la vista fija en el corregidor y el gesto altivo y soberbio. ¡Yo temblaba!

Los caballeros oyeron la lectura, sin embargo, en el mayor silencio, y yo volví á respirar cuando hallé que, acabada la lectura, el escribano besaba el papel, que un sofiel llevándole al corregidor se lo ofrecía de rodillas, y que éste lo alzaba sobre su cabeza y lo volvía á besar. Y quedé del todo tranquilo al ver que los demás caballeros iban haciendo lo mismo.





Cómo son las casas señoriales en Toledo: tipo de una de ellas

LA NOVELA DE TOLEDO ⁽¹⁾

por JUAN CASTRILLÓN

(MEMORIAS DE UN APARECIDO DEL SIGLO XVI)

EL CONCEJO TOLEDANO

QUÉ había pasado allí? ¿Por qué mi amo había tomado tal actitud de requerir la espada y acariciarla en las guardas? Pronto lo comprendí al continuar la sesión, pues conocí que era costumbre añeja de Toledo oponerse siempre de algún modo, y aunque no fuese más que por mera fórmula, á los deseos del rey, como muestra de que no abdicaba sus fueros de independencia.

Así, lo sucedido era que habiendo mandado aviso Su Majestad de que su nueva mujer la reina Doña Isabel de Francia haría su entrada en Toledo el día 10 de Febrero, la ciudad, á pretexto de no haber tiempo para prepararla digno recibimiento, había suplicado se retrasara la entrada hasta el día 18 por lo menos, que por ser domingo además deparaba mayor concurso de gentes. Pero el rey

había comprendido la treta, y despachó á mi amo como su secretario para decir que bajo ningún pretexto podía demorarse la entrada más allá del día 13, ó sea el miércoles; con lo que Su Majestad daba muestras de transigir, pero también de que no sufría menoscabo en su autoridad. Y de este modo sucedió.

De ahí la actitud de mi amo y las explicaciones subsiguientes de la ciudad reunida en Ayuntamiento, que fueron estas. El escribano mayor leyó el acta de las sesiones anteriores, y de ellas resultaba que desde que se recibió el aviso de Su Majestad no había dejado de reunirse un solo día en casa del señor corregidor, marqués de Gálvez, la comisión nombrada para tratar del recibimiento, compuesta de Don Gutierre de Guevara, Don Francisco de Rojas, Don Juan Gómez de Silva, regidores, y Alfonso de Alcocer, jurado; y que por su parte el Ayuntamiento había dado orden al maestro correspondiente de arreglar el arco de la Puerta de Visagra y

(1) Véase nuestro número de Agosto último.

encargado al mercader de sedas que proveía á la ciudad en tales casos, doce varas de terciopelo azul para el dicho arco. Asimismo que en la sesión anterior se había convenido ya en el modo que tendría el Ayuntamiento de salir á esperar á nuestra señora Doña Isabel y quiénes habían de ser las personas que llevaran las varas del palio. Y finalmente que ya estaban en camino dos sofeles, cada uno por su lado, para los lugares de la jurisdicción de Toledo, con cédula de invitación para que acudiesen al recibo de la reina los corregidores y jurados de cada parroquia ó distrito.

Con lo que mi amo y señor se dió por completamente satisfecho, y se levantó la sesión, y fué despedido con las mayores muestras de cortesía por todos el secretario de Felipe II Don Diego de Vargas hasta la puerta, y acompañado además por dos regidores hasta su casa.

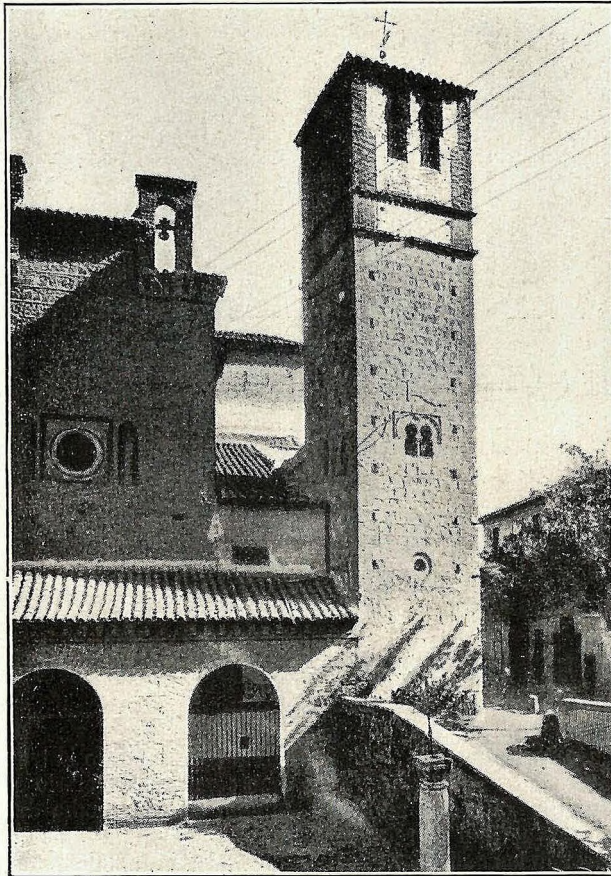
Yo que dé, como es consiguiente, fuera de este acompañamiento, lo que celebré, porque todavía no las tenía todas conmigo respecto del incomodo de mi amo; é iba al estribo, para lo que pudiera mandarme, pero no me mandó nada, y hasta creí notar que estaba abstraído de todo, como el que va lleno de gloria interior, dibujando sus labios una sonrisa de triunfo.

Para mí fué aquel un gran día, según me decía después el otro paje en nuestro aposento,

LOS PREPARATIVOS

Entretanto, seguían los preparativos para

recibir á la reina, cada vez con más entusiasmo. A son de tambor, se había ya dado en los sitios principales de la ciudad el pregón del señor corregidor anunciando el día fijo de la llegada de la reina, y de paso que los alguaciles del Ayuntamiento hacían cumplir en sus veintitres parroquias las ordenanzas municipales, mandando limpiar las



Parroquia de Santiago del Arrabal

calles de inmundicias, encalar las fachadas y arreglar cada vecino por su cuenta la parte de acera que correspondía á las respectivas puertas de sus casas, una verdadera nube de mudéjares, mandados por sus alarifes consiguientes, se entretenía en remozar y decorar como era del caso los edificios públicos, encaramados en sus andamios con sus anchos calzones blancos y su faja encarnada.

Y cada jurado en su parroquia hacía reunir los gremios y cofradías y las estimulaba á prevenir algo en celebración

de tan fausto suceso; y los cuatro alcaldes ordinarios de causas civiles las activaban para tener al pueblo contento; y los regidores encargados de la veeduría del vino, de la carne, del tocino, etcétera, acudían á las puertas y mercados para inspeccionar y ver los pesos y medidas y si se adulteraban las especies ó se disminuían los abastos; y, por fin, hasta se visitaba á los presos, según estaba ordenado, para infundirles resignación y esperanza y oír sus querellas. ¿Pero qué más, si en aquellos días el propio alcalde de Alcaldas llevó su celo á los pueblos de la jurisdicción haciendo sentir su influencia, y á los propios pastores el alcalde de

Mesta? ¡Oh, cuánto ganaría la república si esta provechosa actividad se observara siempre y siempre se esperara la visita del rey como en la ocasión presente!

Por su parte, el regidor dió orden que de la Alhóndiga se sacara trigo con que asegurar el bajo precio del pan en aquella semana, y que en todas las carnicerías hubiera la llamada «tabla del rey», sin que faltara bajo ningún pretexto, en obsequio á los pobres, que así pagaban la dicha carne dos maravedíes menos. Y por unirse á tan grande y necesaria obra, el Cabildo Catedral hizo saber que durante tres días daría doble ración de la acostumbrada en la Puerta del Mollete, y así mismo las Ordenes religiosas que aumentarian la sopa y las limosnas que de ordinario á las puertas de los conventos se daban. Con lo cual, esperaron tranquilos todos el día deseado y no se hablaba de otra cosa y las familias principales, como los duques de Maqueda y Lerma, condes de Cifuentes y Montemayor, rivalizaban en prevenirse para la fiesta.

LA SONRISA DE LA REINA

Al fin, llegó el ansiado día 10, y antes de las nueve de la mañana el alguacil mayor requirió sus fuerzas, quedando el duque de Lerma como alcaide de los alcázares reales en su puesto. De madrugada, había salido por su parte el cabildo de la Santa Hermandad, compuesto de todos los terratenientes de la jurisdicción, con sus alcaldes y varas altas de justicia, y el cuadrillero mayor con su estandarte real de damasco verde, hasta el camino de Olías, donde tenía apaerjada la

tienda de campaña en que había de esperar á Sus Majestades.

Mi amo había marchado también hacia su encuentro. De modo que mi ama y su sobrina, vestidas con trajes de seda rameada, gola y manto, que habíamos de sostener los dos pajes, bajaron solas en su carroza, yendo nosotros á la zaga, al Hospital de Afuera. Y como bajábamos, íbamos cruzándonos con otras carrozas y sus palafreos y gran número de gentes á pié y á caballo, todas engalanadas con sus mejores preseas, y los caballos con cintas y lazos en las crines, de todos los colores.

Tropas de alabarderos y piqueros, y otras cuadrillas de alguaciles y ministros diversos contenían al pueblo entretanto por las calles, mientras se iban llenando de caballeros y de damas los miradores y la muralla, y atronaban el espacio disparando mosquetes y lombardas los castillos de la Puerta del Sol y de Visagra. Cuando llegamos al Hospital, nos encontramos con que ya esperaban allí las principales familias



El Hospital de Afuera

de la ciudad, los Dávalos y Ayalas, Pachecos y Palomeques, Aguilar, Zoritas y Zapatas y otras muchas que fuera largo enumerar.

Pero no habían llegado aún las comisiones de recibo, y al fin las vimos ir apareciendo por su orden, que fué el siguiente: primero, el alcalde y ministros de la Real Casa de Moneda; Universidad y escuelas, con sus graduados y sus borlas y capirotos; Tribunal del Santo Oficio y sus familiares, Colegio de los treinta y tres escribanos; capellanes de la Real Capilla y capellán mayor; y luego, el

arzobispo y deán y Cabildo, todos con sus más ricos trajes y á caballo.

Y viendo esto estábamos al punto que una gran polvareda se hizo por el camino de Madrid y oímos llegar á la carrera los cuadrilleros de la Santa Hermandad: un clamoreo inmenso se levantó de la multitud, y poco después, volviendo á sonar los tiros de los castillos, entre ruidos de clarines y chirimías, se apeó el rey. Venía serio y como fatigado del viaje, y miraba fijamente á la reina, que tardaba en descender del coche. Después, se vió cómo era que Doña Isabel se componía su tocado antes de bajar y que ensayaba una ligera sonrisa de agrado.

LAS FUNCIONES DE BESAMANOS

A todos pareció muy bien la nueva reina, por lo que, cuando ya dentro en el patio del Hospital corrieron á agasajarla y cuidarla sus damas, las de la ciudad se arremolinaban y apretaban á su alrededor, ansiosas de mirarla. El rey Don Felipe dió orden, sin embargo, de que se organizara en seguida el besamanos, nervioso como parecía estar; y por esta causa, acto seguido y sin dilación tomaron sitio las representaciones y fueron por su orden besando la real mano.

Con lo que acabó por entonces la ceremonia del recibimiento, volviendo las comisiones á tomar sus caballos y quedando Sus Majestades en el Hospital.

Por la tarde, se reunió la ciudad en Ayun-

tamiento, y bajó por este orden al Hospital de Afuera á rendir homenaje al rey: regidor, regidores y jurados, con ropones de manga larga en punta; regidores y dignidades, ropón de tela blanca, calzas y colete de raso blanco, gorras y capotas de terciopelo negro, espada y daga dorada; y los jurados, con ropones de tela carmesí, colete y calzas de raso amarillo, gorras y capotas, dagas y espadas como los regidores.

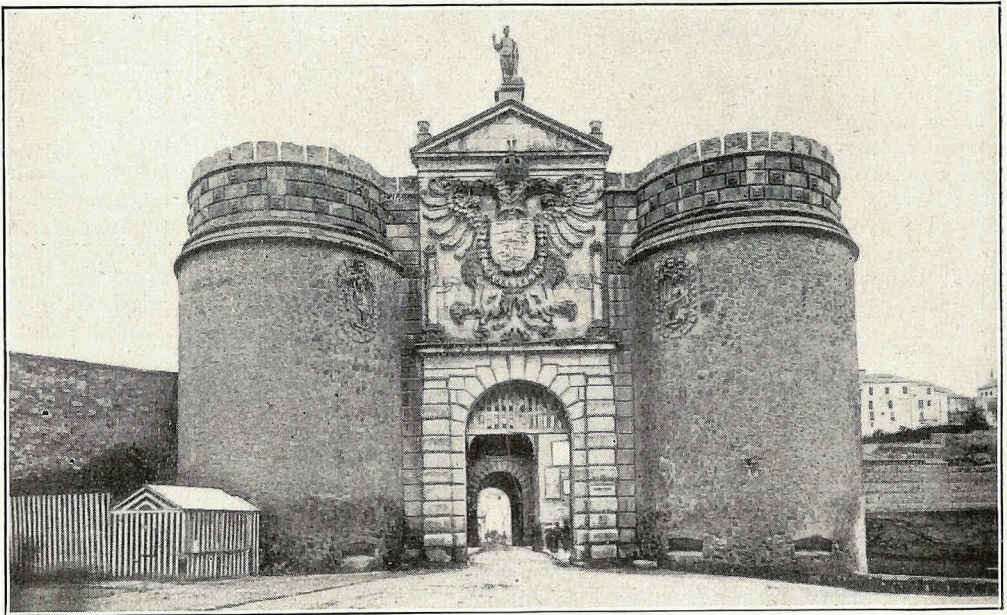
Delante iban los sofieles con ropones, ropillas, balones y gorras de terciopelo carmesí, mazas de plata y pectorales de las armas de Toledo, y el escribano mayor en medio, vestido lo mismo que los jurados, todos muy sobre sí y á caballo.

Y llegados que fueron ante Sus Majestades, el escribano mayor pidió la real mano de rodillas, y la fueron besando según su antigüedad, empezando por el regidor, quien dirigió un saludo á la reina en nombre de la ciudad.

EL JURAMENTO Y EL «TE-DEUM»

Luego, Sus Majestades se pusieron á caballo, y seguidos del Ayuntamiento á pié se encaminaron á la Puerta de Visagra.

Allí con toda ceremonia se hizo la entrega acostumbrada de las llaves, bajo un dosel de terciopelo azul que para este efecto había levantado el Ayuntamiento, jurando Su Majestad sobre los Sagrados Evangelios sostener los fueros y preeminencias de Toledo. El es-



Puerta de Carlos V ó de Visagra

cribano mayor dijo entónces: *Si Su Majestad así fuere servido de hacerlo, Dios Nuestro Señor le ayude. Y si no fuere servido, le dé gracia para que lo haga y cumpla.*

Abrióse con esto la puerta de la ciudad, y comenzaron á vomitar fuego las almenas del castillo atronando el espacio, á sonar clarines y cajas, y á dar grandes voces el pueblo y acompañado, que no parecía sino que se había á todos vuelto el juicio. Los caballeros desde las murallas agitaban sus sombreros, en abigarrado tropel de naturales y extranjeros, etiopes y tudescos, holandeses é italianos, portugueses, valencianos y catalanes; las damas lloraban y arrojaban flores á la comitiva; y hasta las monjas de Santo Domingo y Santa Fé la saludaban entusiasmadas sacando por las celosías los pañuelos.

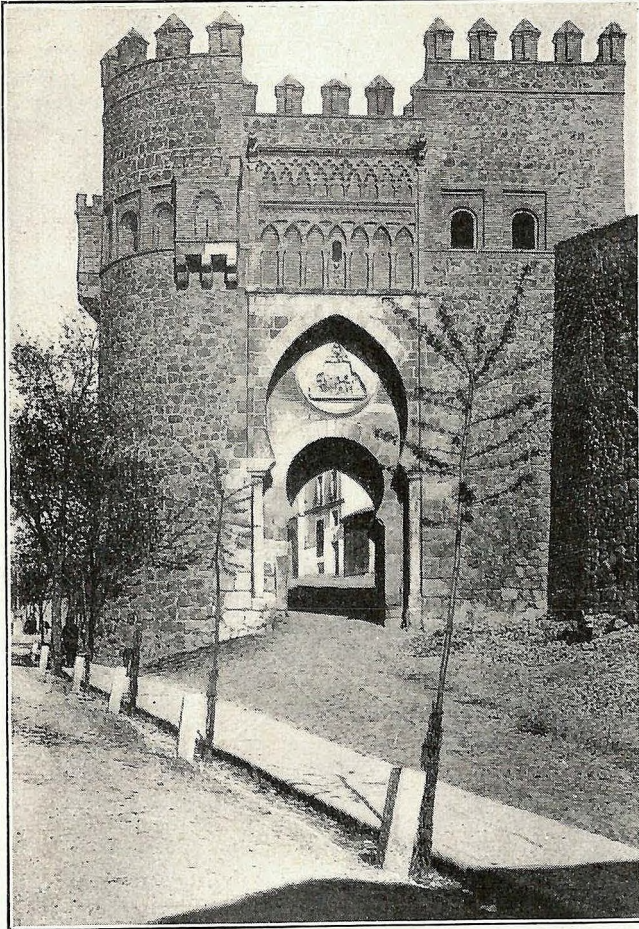
En tanto, iban subiendo Sus Majestades por la Puerta del Sol hasta el «llamado Torno de las Carretas», muy galanes y compuestos debajo de su palio de tela de oro, cuyas veinticuatro varas llevaban los regidores, y

los cordones de seda rojos de ellas pendientes los jurados, delante el conde de Oropeza con el estoque desenvainado. Y así llegaron á Zocodover, donde se aumentaron el vo-

cerio y las muestras de regocijo con la multitud de moriscos y canalla que allá se habían juntado. Desde aquí bajaron á la Catedral por las Cuatro Calles, y allí se arrodilló el rey á la Puerta del Perdón para besar las reliquias que le presentó el Cabildo.

Después entraron en medio de él Sus Majestades hasta el altar mayor, donde adoraron al Sacramento, y mientras resonaba el *Te Deum* en las naves de la iglesia primada volvieron á salir del templo por la Puerta de la Chapinería ó de la Feria, para marchar

al Alcázar, seguidos del Ayuntamiento. Entónces, iban ya á pié Sus Majestades; y llegados que fueron á su casa, se hizo cargo del palio el caballero mayor, y tornó la ciudad á la suya, por el mismo camino que había llevado, entre el infinito bullir de gentes de todas clases que corrían como arroyo desbordado por las calles.



Puerta del Sol

BLASÓN

AL POETA JAMBRINA

Señor trovero,
el del castillo roquero,
el de melena anticuada,
el que evoca la figura de un fidalgo caballero
de aquel tiempo todo polvo, de aquel mundo todo nada;
el que aspira en esta vida de otra vida y otro ambiente
el aroma de los siglos;
el que da á su continente
todo el aire altivo y noble de un poeta medioeval,
de esos bélicos poetas que tras bárbaro degüello
de moriscos escribían; á las manos y al cabello
de su hermosa castellana un madrigal
el que va mundo adelante suspirando por lo ido,
el que sabe de horizontes que jamás he conocido,
el que lleva de otros cielos y otros mundos la visión,
el que holló la paz solemne de los templos milenarios
y vivió la vida arcáica de los claustros solitarios:
para esa noble estirpe de poetas visionarios
rímalo y rímalo esta canción.

Yo también viro en mí mismo de otro mundo la quimera,
y en la era de estos tiempos, la visión de aquella era
de la España heroica y noble de cristianos y musulines,
cuando en lucha inacabable se aprestaban los caudillos
á la toma de ciudades, al asalto de castillos,
entre bélicos clamores
de trompetas, de atambores,
de clarines.

Y suspiro por los ojos de una Fátima moruna,
por las ánforas labiales de las Venus agarenas,
por las citas de amorfos bajo el pálido de la luna,
por las pálidas cautivas suspirando en las almenas.
Yo suspiro por el tiempo del alfanje y de la espada,
por el tiempo de los Cides y Almanzores milenarios,
por el tiempo fabuloso de la bárbara cruzada,
por el tiempo todo polvo, por el mundo todo nada,
con el alma siempre triste de los grandes visionarios...

Señor trovero,
el del castillo roquero,
el que evoca medioevales
tiempos moros y cristianos,
el que loa en cadenciosos madrigales
á unas manos
de princesa castellana,
el de raza de infanzones:
yo también como tú canto y pregonó en mis canciones
la grandeza
y la belleza
de mi raza mahometana.

M. LOZANO CASADO



Plaza del Zocodover

LA NOVELA DE TOLEDO (1)

por JUAN CASTRILLÓN

(MEMORIAS DE UN APARECIDO DEL SIGLO XVI)

TOLEDO HECHO UNA ASCUA DE FUEGO

No pararon en las ceremonias oficiales descritas en el capítulo anterior las fiestas del día de la entrada de la reina Doña Isabel en nuestra ciudad. Porque en aquella noche, la grandeza y los títulos adornaron una vistosa iluminación de Zocodover y una supuesta batalla entre soldados y cuadrilleros, que fué de admirar. La plaza en sus antepuertas y balcones, lo mismo que en las entradas de las calles, estaba colgada de tapices riquísimos y adornada de faroles de todos los colores con hachas de viento que venecian la misma luz del día.

Dándose frente unos á otros, se hallaban en tres filas los soldados y cuadrilleros, con sus mosquetes, que no parecía sino que esperaban la señal para acometerse. Y rodeando la plaza, el pueblo, que se apretaba y se

estrujaba, ansioso de presenciar el juego de pólvora, el que comenzó en cuanto se presentó el Ayuntamiento en su estrado.

Primero, se apagaron las luces una á una, pero con premura, como si cada cual estuviera encargado de soplar la que tenía más cerca; y luego, comenzaron los tiros en el centro de la plaza, siguiendo á cada relámpago, con el estruendo, el ruido de la multitud, que prorrumpía en aclamaciones al oírlos, animando y empujando á los combatientes, al igual que si fuera verdadera la batalla. No de otro, modo sentían, sin duda los soldados, puesto que á cada paso arreciaban en las descargas y se adelantaban, hasta ser una la línea de fuego por banda.

Ya después eran dos, y siempre vomitando fuego al mismo tiempo las hileras que se encontraban, y se rodeaban por cuadrillas, ora avanzando ó retrociendo, según que arreciaban en las descargas las reservas. Y al fin, y cuando la gritería llegaba al delirio y el

do la plaza, el pueblo, que se apretaba y se

ora avanzando ó retrociendo, según que arreciaban en las descargas las reservas. Y al fin, y cuando la gritería llegaba al delirio y el

(1) Véanse los números 175 y 176.

(1) Véanse los números 175 y 176.

dian y consiguen: entonces ellos acatarían sumisos sin temores lo que hoy les espanta y lastima, y la Ciencia y el Progreso acabarían por cautivarlos y hacerlos reconocer la vida de ignorancia de su pueblo, soñador por excelencia: creen que como viven se vive; aprecian que sus leyes son únicas, su religión la verdadera, sus actos los mejores.

* * *

El moro es listo, ingenioso, burlón, hábil. Entre ellos la inteligencia es don fecundo, el ingenio fuente perenne, la burla feroz ridículo, la habilidad artificio sobrenatural que de todo sabe y en todo halla provecho y beneficio práctico. Por eso no fiéis de ellos, aun cuando os hayan servido largo tiempo y durante ese espacio hayan animado vuestras enfermedades llegando hasta el sacrificio que sólo un hermano, una madre, un hijo guardan: el moro es siempre moro, y un día, allá en los aduares, acaso en la jarca, lejos entre escabrosidades de montañas arenosas, recogerá una idea que dejara de niño.

Entonces, su mano se alza á la altura de los ojos, dilátase su nariz, ensánchezase el pecho en suspiro muy hondo y oculto; y rápido, tirando en un momento el bienestar, la hol-

gura, huye... ¿Será traidor? Acaso sí... Pero pensad en igualdad de circunstancias, y tal vez lo fuéiseis también.

Hoy que la guerra funesta ha descrito con sangre, fijáos en los moros que fieles os sirvan: cuando la plaza está en calma, cuando nada se percibe lejos, inclinan las frentes y responden vencidos, humillados, temblorosos. Luego, cuando los disparos de la fusilería, el estampido de los cañonazos, el humo lejano, el olor á pólvora que trae el viento, son escuchados, aquellos cuerpos se yerguen, aquellos ojos despiden chispas de coraje y encono, aquellas manos clavan como dardos sus uñas en las carnes y destrozan los jaiques pobres. Pueblo abatido que valiendo un imperio no sabe crearlo, tiene la sumisión por lema miserable. Por eso, no fiéis: bajo la faz apacible del rey Boabdil, que entregara obligado á Isabel un reino de delicias, escondíase el odio africano; bajo el temblar de la sonrisa latía el despecho, y bajo el arrullo de su queja besadora mostraba un reto varonil. El servidor que ofrece la mano é inclina la cabeza por miedo, por terror, nunca será fiel: latente guardará el odio, soberbio soñará con el día del desquite... ¡y el que sueña despierto es peligroso!

JOSEFINA MENDOZA Y DE ARIAS

HORÓSCOPO

—¡Oh, gentil caballero de la Provenza!
Si la buena ventura queréis que os diga,
tendedle vuestras manos á esta mendiga,
y os diré si hay alguno que al fin os venza.

Aliviad vuestra diestra del repulido
guantelete de acero,
¡oh, caballero!

que aunque dicen las líneas que no habéis sido
en combates y justas jamás herido,
enrodada en la plaza mirarme quiero
si pasados dos metros no soís vencido...

Descendía la tarde caliada y leda,
atisbando las frondas de la arboleda
con miradas oblicuas de niponesa;
y allá, cuando en las sendas

aun vaga esa
tristeza de una sombra que busca amparos,
¡el doncel cayó al golpe de una belleza
que esgrimía por estoques dos ojos claros!

FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN

poeta mejicano

humo nublaba la vista, se vió que de pronto disparaban todas las filas á una, y ya otra vez cada cual en su puesto; que fué la señal convenida para acabar esta.

Volviéronse á encender las luces tras esto, y el pueblo entónces comenzó á circular libremente, si libertad podía caber en aquel ir llevados en volandas todos por las calles, roneos, sudorosos, pero contentos de ver el derroche de lujo y ostentación que las luminarias hacían patente en cada casa. Las del Ayuntamiento, por su parte, estaban como una hoguera de encendidas, y lo mismo la Catedral, como el Palacio de los Arzobispos, como el Alcázar, aunqueapestando á pez y resina aquellas.



Plaza del Ayuntamiento y del Palacio Arzobispal

Gran noche fué esta para Toledo que pocas veces habría visto otra igual, y tan pacífica y tan respetuosa con todo que no hubo ni una pendencia, ni un hurto, ni menos faltas á la honestidad y buenas costumbres. Por cierto que yo lo atribuyo á la sobra de luz, que de otro modo no hubiera podido ser así, pues aun las casas más pobres lucían lumbres, y no digo nada las de señores y magnates, que se alumbraban con cera y aceite.

UNA FIESTA DE TOROS Y CAÑAS

Pues de allí á tres días hubo fiesta de toros y cañas, brindada por la ciudad á los caballeros, y en ella jugaron algunos del séquito de la corte, que se portaron de modo muy bizarro.

El Ayuntamiento dió su pregón al efecto, por medio de su escribano mayor, acompañado de los comisarios, con sofieles, trompetas, chirimías y atabales á caballo, en la Puerta del Perdón, Zocodover, Inquisición y Santo Tomás, y el viérnes ya estaban hechos los tablados y toriles, colgados de telas vistosas, como toda la Plaza de Zocodover por la mañana, que fué cuando se jugaron las cañas. Los comisarios subieron con el corregidor en medio tras de los toros, desde el Puente de Alcántara, y cuando llegaron, ya el rey y la reina con sus damas ocupaban el

tablado del Ayuntamiento, colocado á pleno sol debajo del arco de la cuesta, frente á la reja de los escribanos.

Miéntras, se habían formado las cuadrillas de los caballeros que habían de lizar, con trajes claros de colores, y en la primera hilera esperaba mi amo, junto al cual vino á colocarse el corregidor, porque mi amo era

quien lizaba en nombre del rey. Y perdida con mucha cortesía á la ciudad la venía por ambos bandos, daba gloria y verlos según se iban confrontando las cuadrillas, las cañas en alto, hasta que se acometían, que saltaban en pedazos.

¡Oh, qué bien se portaba mi señor y cómo pasaba y repasaba con su cuadrilla, tomando nuevas

cañas y de nuevo enfilando y quebrándolas! No menos bizarramente conducíanse los demás caballeros: cada vez lizando más deprisa y quebrando más cañas cada vez, hasta sembrar el suelo de astillas. El concurso, entusiasmado con esto, pedía más y más, y los caballeros sudaban, y pafaban los caballos cansados, cuando víóseles parar á todos y marchar en tropel á inclinarse ante la reina, y estallaron estruendosos el vocerío y la algazara.

Mas, con todo, á la tarde fué la mayor diversión. Pues estando prohibidas las corridas de toros muy recientemente por el Papa, ya que no toros se corrieron vacas, y por si esto no era bastante se dejó escapar varias por las calles, una de las cuales fué muerta en la de la Tripería á cuchilladas. Eran de ver las gentes correr á refugiarse en los portales y escalar las ventanas; pero como unos y otras los vecinos cerraban, y además de eso la multitud era tanta, las vacas coceaban y corneaban á su sabor, y aquí caía una mujer y allí iba por alto un muchacho. Y los que estaban en los balcones reían, y otros tiraban frutas; quién, abriéndose paso, paraba á la bestia y la capeaba en redondo; quién, en fin, la pinchaba y zarandeaba del rabo, hallando en cada paso y cada lance nueva diversión y nuevo estímulo al escándalo.

Los vaqueros y alguaciles, corriendo de un lado para otro, lograron al cabo recoger

las bestias y volverlas á su toril; pero en la Trípería, como digo, no tuvieron tan feliz suceso, porque á pretexto de que había el animal herido á una mujer, no pararon hasta que le dieron muerte.

Con lo que en la fiesta se guardó á medias la prohibición, y, si no satisfechos, todos quedaron contentos.

UNA FUNCIÓN TEATRAL

Para que nada faltase, y esto no podía ser en unas fiestas reales, hubo la consabida función de teatro, que fué de las mejores, pues se representó *Josefina*, de Miguel de Carvajal, por los comediantes Diego de la Hostia y Melchor de Herrera, tragicomedia del asunto de la de Calixto y Melibea, que á la postre prohibió el Santo Oficio. En ella, amén del asunto y nada edificantes lances, había coros de tres doncellas que cantaban villancicos y otras coplas profanas y divinas.

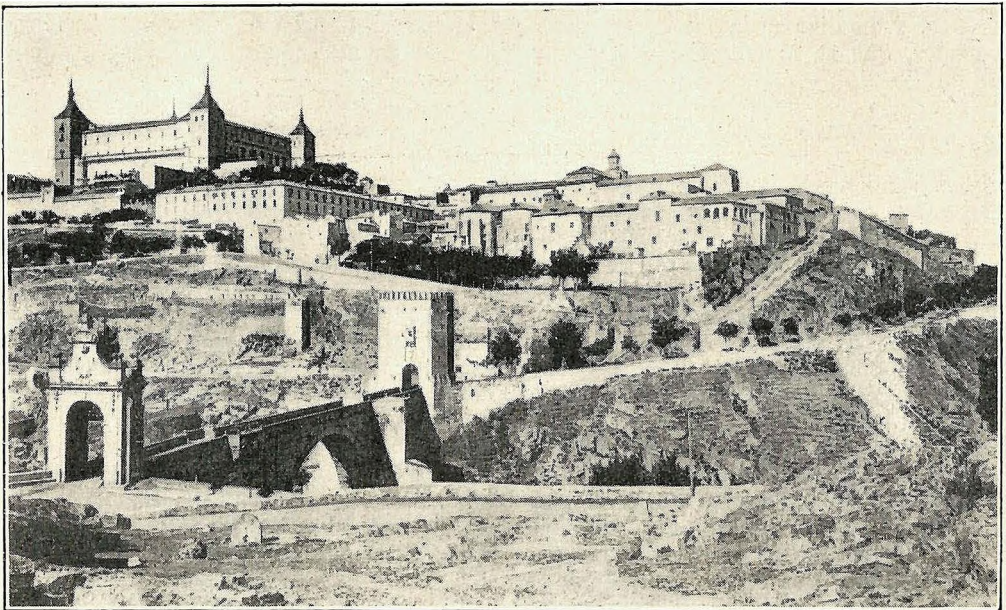
Pero no por eso dejaba de agradar al concurso, compuesto de todo lo principal de Toledo, como convidado que era del Ayuntamiento: y había allí frailes y clérigos, soldados, nobles y plebeyos, hombres y mujeres por separado, éstas en sus tablados y aquéllos todos en pié, excepto los que por su cuenta se habían preparado asiento ó tomado en el corral las ventanas. De suerte, que la cazuela era la que contenía la mezcla de gentes sin distinción, y por el contrario las ventanas altas y tablados eran los reservados á la gente de la corte.

El Concejo tenía también en sitio muy principal su corredor, adornado con mucha grandeza, y los cómicos sus tarimas, guardadas por la cortina que los separaba del público. Dignidades, regidores, jurados, escribano mayor, capellanes, contadores y letrados de la ciudad, tenían allí sus bancos, donde se sentaban, y nada más, ni el alguacil mayor que no tenía puesto.

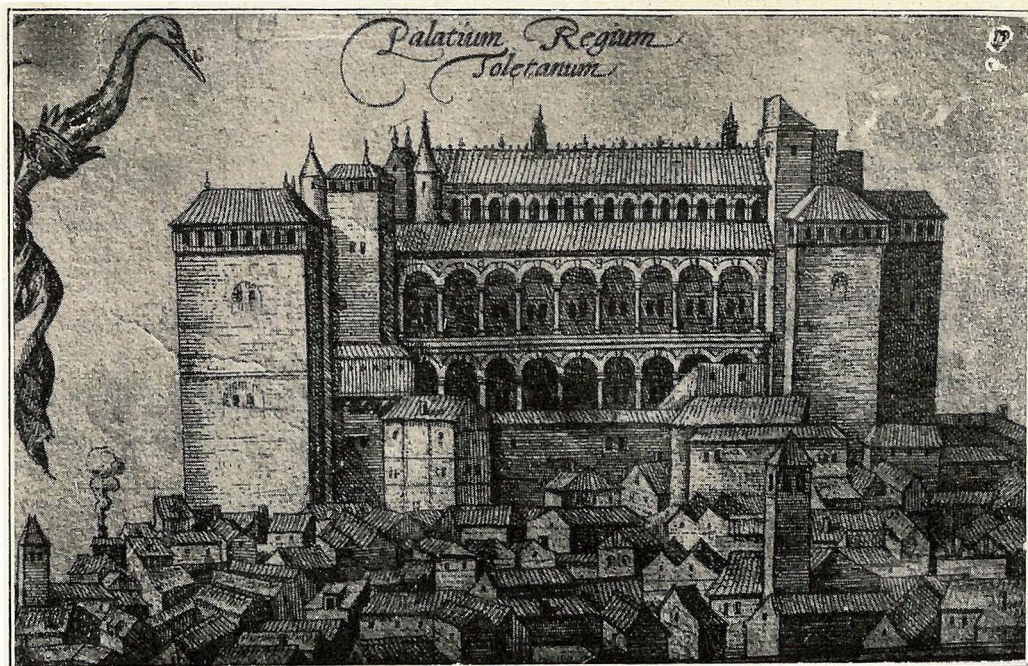
La representación no comenzó hasta que el corregidor mayor se hubo sentado y dió aviso moviendo el programa de la función. Luego, sí, se corrió la cortina y aparecieron los cómicos, con sus caprichosos trajes, simulando discreciones y altos pensamientos en una decoración única de las propias paredes de las casas, mientras el público, á cielo abierto, sin el toldo que cubría el patio en verano, puesto que el sol se agradecía aquel día, reía, comía y se refocilaba como podía, siguiendo la fiesta.

Lo que más gustó fueron las canciones de las doncellas, que el concurso á voz en cuello pedía que se repitieran, mirando todos al corregidor del Ayuntamiento, porque el corregidor era el que había de hacer la seña, sin la cual los cómicos proseguían el parlamento.

En un intermedio, y en tanto que se dejaba oír la música y se hacía un paso de baile, *la chacona*, que también gustó mucho, un sofiel, acompañado del corregidor y jurado vino á invitar á mi amo al palco de la ciudad; pero él se disculpó ante el corregidor,



Puente de Alcántara



El Alcázar, tal y como era en el siglo xvi. Reproducción de un grabado en madera del año 1566

por tener que asistir á su mujer y sobrina, mis señoras, que con otras damas y caballeros estaban én una ventana. Los dos pajes estábamos también, y por eso yo puedo dar cuenta detallada de esta fiesta.

LA FIESTA DE LOS GREMIOS

Que por lo demás, yo nunca hubiera soñado ver una tan celebrada comedia; pues las gentes bajas y los muchachos de mi edad enloquecían á la puerta, buscando modo de introducirse en el Corral de Don Diego.

Con todo lo dicho, la fiesta de los gremios fué la que logró llamar más la atención entre las otras y dejar más perdurable memoria. Se aplazó hasta el domingo, para dar lugar á componer las farsas, y también porque aquel día holgaban todos los oficios de que se constituían los gremios.

Por mucho que yo me esforzara no podría recordar una á una todas las que aquel día ví. Porque cada oficio compuso la suya apropiada á la riqueza del gremio, y todos compitieron en ostentación, de suerte que sería prolijo numerar los pasos de que constaban. Pero sí recuerdo uno que me lenó de solaz, y pienso que era del gremio del arte de la seda.

Se componía de un dios Bacó sobre un tonel, llevado en andas por cuatro sátiros, y

delante iban otros dos con monas vivas naturales, que no daban poco que reír con sus gestos. Además, iban los calceteros, y los chapineros, y los boneteros, y los ensambladores, los espaderos, plateros, etcétera, cada gremio representado por sus maestros y multitud de oficiales y aprendices, todos vestidos á lo caballero, con gola y espada, menos los que representaban el paso, que iban en sus convenidos trajes.

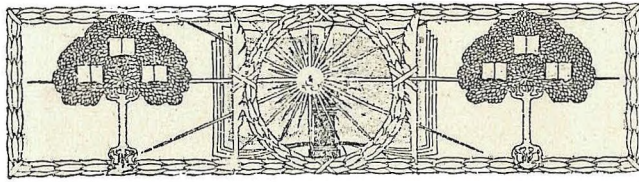
Así, del gremio de los sastres, cuyos maestros parecían duques, estaban los aprendices vestidos á la usanza antigua, niños y niñas hasta veinticuatro; y detrás el de los artifices en hierro y toda clase de metal, que iban de diablos, echando en sus calderas unos peleles que semejaban herejes, los cuales entraban y salían por debajo, para volver á caer de nuevo á las calderas. Del mismo modo iban en representación de los hortelanos doce hombres vestidos de moriscos, con sus zaragüelles y su pañuelo rodeado á la cabeza, ejecutando la danza de las cintas, que consiste en tejerlas con mucho arte al rededor de un palo. Y asimismo el juego de las banderas, que gentes venidas de Ajofrin y de Burguillos sostenían con mil giros en el aire, siendo de algunas varas de largas, sin tocar al suelo.

En fin, todo esto y más en larga cabalgata salió del Ayuntamiento, atravesando por Zo-

codover hasta el Alcázar, donde en su plaza de armas cada gremio hacía al rey reverencia y ejecutaba su farsa. La que más pareció satisfacerle fué la de los herreros, pues yo le vi sonreír; pero, especialmente, la de los sastres, que dió que hablar á toda la nobleza, asomada á las ventanas del Alcázar, y á la corte del rey que se componía nada menos que de los duques del Infantado y de Escalona, condes de Fuensalida y de Medellín,

marqueses de Cañeta, Villena, y otros tales, además de los condestables, comendadores, arzobispo y caballeros de las cuatro Ordenes.

Y es que los niños cantaron y bailaron una á modo de pavana, dirigida por Benavente, como los seises de la Catedral en la fiesta del Corpus, y verdaderamente se caían las lágrimas viendo tanto comedimiento, tanta honestidad y tal gracia é inocencia juntas en la danza.



EN LA NOCHE

En los cabellos de la noche obscura
cada astro prende un nítido diamante,
y el surco de oro de una estrella errante
cuelga en su seno sùlgido collar.
Ciñe su frente de imperial diadema
el argentado disco de la luna,
y be-a el borde de su veste bruma
enamorado y prisionero el mar.

Esta es la misma noche confidente
que un ósculo inmortal puso en tu frente
y mi callado anhelo descubrió;
aquella que encontrándonos unidos,
de dos vidas, dos almas, dos latidos,
un solo ser formó;
aquella que al llorar mi despedida
tus ojos, de una lágrima vertida
las cristalinas perlas esmaltó,
y esos te-oros del recuerdo mío
como si fuesen gotas de rocío
en la corcha de un jazmín guardó.

Hoy como entonces de la noche obscura
cada lucero en las guedejas prende
sus joyas diamantinas y descende
semi-velado el resplandor lunar.
¡Pero ya tú no existes, y en mi alma
el cielo oculta fúnebre ropaje,
la luna se ha cubierto en un celaje
y hasta solloza entristecido el mar!